

su grito y al ver su densa palidez, y el temblor de su cuerpo.

—De rodillas, D<sup>a</sup> Laura; de rodillas—gritó D<sup>a</sup> Eujenia arrodillándose—Dios descarga en este momento su mano sobre vuestra cabeza . . . . .

—¡Pues qué hay!

—Que en este momento quedais viuda—esclamó D<sup>a</sup> Eujenia fuera de sí y sin comprender lo que hacia.

—¡Jesucristo!—gritó D<sup>a</sup> Laura, y cayó desmayada.

—¿Qué has hecho?—dijo Valenzuela apresurándose á so correr á D<sup>a</sup> Laura.

Pero D<sup>a</sup> Eujenia no le escuchaba porque habia apoyado su frente contra las rejas del balcon, y se habia desvanecido tambien.

En aquellos momentos espiraba D. José de Mallades.

## XI.

Como supo el Sr. D. Juan de Austria, la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.

**L**OÑA Laura fué conducida á su aposento por D. Fernando y D<sup>a</sup> Eujenia, la desgraciada jóven estaba en una situacion verdaderamente alarmante.

En los primeros momentos, lloró, gritó y parecia que iba á volverse loca.

En vano fué que Valenzuela y su esposa trataran de calmarla: aquel dolor no tenia consuelo.

Pero poco á poco fué serenándose, su llanto dejó de correr y entró en un silencio sombrío, mas terrible aun que los anteriores estremos.

Se le hizo creer á la reina y á la corte que habia amanecido enferma, y al principio, como aun no se habia esparcido la noticia de la muerte de D. José de Mallades, nadie hizo alto en aquella enfermedad repentina.

Cerca del medio dia, un sacerdote entró en palacio, se dirigió á las habitaciones de las damas, y solicitó ver á D<sup>a</sup> Laura.

En vano D<sup>a</sup> Eujenia y Valenzuela le hicieron presente que estaba indispueta, en vano trataron de comprometerlo á retirarse ó á que les dijera al menos el objeto de su visita; el sacerdote insistió de tal manera, que fué preciso avisar á D<sup>a</sup> Laura.

—Que pase inmediatamente—dijo la jóven—quizá Dios me envia providencialmente los consuelos de la religion.

El sacerdote penetró al aposento, y D<sup>a</sup> Laura apenas pudo levantarse para recibirle.

Valenzuela y D<sup>a</sup> Eujenia los dejaron solos.

—Señora—dijo solemnemente el sacerdote—golpes como el que ha sufrido hoy vuestro corazon, solo Dios podria curarlos, pero no lo hará, señora, porque el dolor es el crisol que purifica las almas, es el hilo de oro que enlaza al hombre con el cielo; sentid el peso de vuestra pena; Dios está entonces á vuestro lado, porque Dios está con los que lloran y no con los que gozan; por eso dijo Jesucristo: Bienaventurados los que lloran.

—¿Sabeis, padre, la pena tan grande que me aflije?

—Sí, yo he asistido á D. José en su trance postrimero..

—Vos, señor?.... ah!.... decidme, habladme de él... ¡alma de mi alma!.... mártir de la tiranía mas horrible....

—Sí, señora, mártir, mártir, porque aquella resignacion era digna de un mártir....

—Referidme—esclamó Laura llorando otra vez.

—¿Para qué, señora? ni yo tendré resolucion para contar nada, ni vos pora escucharlo.... Tomad.

—¿Qué es esto, señor?....

—Esta cadena con este medallon lo tenia él al cuello; quiso que yo mismo os lo entregara, pero que no se lo quitase hasta despues que hubiera exhalado el último suspiro.

Laura jemia de una manera que las lágrimas brotaron de los ojos del sacerdote.

La jóven cubria de besos aquella cadena.

—Oidme, señora—continuó el padre—D. José me ha dicho solo para vos, “que no me olvide, que rece por mi alma, y que perdone como yo perdono á los que me quitan la vida.”

—¿Olvidarle? ah! jamás, jamás.... ¡pero perdonar á sus asesinos! nunca podré, nunca, os lo juro.... le vengaré...

—Mirad, señora, que la venganza....

—Nada me digais, padre, porque nada oiré..... nada..... juro vengarle! y le vengaré!....

—No quiero en tales momentos contradeciros, y me retiro.

—¿Cómo os llamais, señor?

—Fray Anjelo, del real convento del Escorial de la órden de nuestro padre San Gerónimo.

—Fray Anjelo, no me olvideis á mí en vuestras oraciones, que á él estoy segura de que no lo olvidareis nunca.

—Nunca, señora. Dios os envíe su santa resignacion, que la necesitais.

—Pedídselo al Señor.

—Así lo haré, aunque soy su indigno ministro.

La jóven besó la mano de Fray Anjelo, que salió de la estancia diciendo á media voz:

—¡Pobre humanidad!

—Le vengaré, le vengaré—repetia maquinalmente D<sup>a</sup> Laura.....

.....  
.....  
.....  
.....  
Nada es mas pronto conocido en política que lo que se

pretende hacer con mas secreto, sobre todo, cuando los gobiernos no cuentan con las simpatías de los pueblos.

Apenas leyendo y estudiando la historia pueden los pueblos ahora comprender cuánto deben á esos apóstoles de la democracia y de la libertad que han venido de jeneracion en jeneracion naciendo y muriendo, para formar naciones de las que habian sido hordas de esclavos; ciudadanos, de los que habian sido párias ó ilotas en su misma patria.

¡Cuántos mártires ha necesitado la humanidad para conquistar los derechos del hombre!

Ahora se reirian los mas retrógrados absolutistas si un rey quisiera disponer en su testamento de una nacion, regalándola á un príncipe extranjero ó dividiéndola entre sus parientes, como divide un padre de familia su heredad entre sus hijos.

Y sin embargo, esta era la cosa más comun en los tiempos de las monarquías absolutas; eso de "integridad de el territorio," casi no tenia entonces significacion.

Se quejan algunos hombres de las revoluciones que cambian los sistemas de gobiernos, cuando esto no es sino la prueba del libre albedrio de las naciones, la prueba de que está en su mano su modo de ser.

En aquellos tiempos habia tambien sus revoluciones y sus intrigas políticas, pero para vergüenza de la humanidad, casi todas se reducian á la caida de un favorito y á la elevacion de otro, es decir, al cambio de un juguete ó de un capricho del soberano, que costaba muy caro á los pobres pueblos.

El rey decia: "Mi Reino," y era suyo, y el pueblo, decia: "Mi rey," y era su rey, no su gobernante, "su amo."

De eso á lo que hoy pasa en el mundo civilizado, cuánta

distancia, pero tambien cuánto trabajo para conquistarlo.

La democracia se ha enseñoreado casi, hasta en las mismas monarquías.

Las constituciones son ya para los monarcas el Buitre de Prometeo que les roe las entrañas.

Las monarquías no tienen ya mas que las caretas de tules: esto es, el nombre y la pompa.

Y aun eso lo sufren los pueblos con disgusto, porque los pueblos no están conformes con ese carnaval.

Pero ese carnaval no puede ser eterno, y poco á poco esas caretas se irán desprendiendo.

Los reyes llegarán á ser para los pueblos que hoy los soportan solo un recuerdo y una leccion de esperiencia, como lo es hoy para nosotros el tribunal de la inquisicion.

Asunto de novelas.

Y habrá aun entonces quien suspire por ellos y los defienda.

¿No hay hombres que esperan aún la venida de Jesucristo?

La humanidad tiene aberraciones que hacen llorar, y que hacen reir.

Por eso Heráclito, era un loco.

Por eso Demócrito era un demente.

Ninguno de los dos tenia razon en su sistema, la historia rie y llora.

La historia es la verdadera maestra de la filosofía.

.....  
 .....  
 D. Juan de Austria disponia en la Coruña su partida para llevar refuerzos al Bramante.

Sabia que en la corte trabajaban sus partidarios, tenia

confianza en ellos y de un momento á otro esperaba noticias de Madrid.

La tarde iba cayendo, y el príncipe acompañado de Patiño, su secretario, habia salido á visitar los campamentos á caballo.

El príncipe iba meditabundo; el tiempo corria y no llegaba noticia alguna de la corte.

—Paréceme—decia el príncipe—que nuestros amigos duermen ó alguna cosa muy grave debe acontecer en Madrid.

—Razon tiene V. A., para estar impaciente, por la circunstancia de ser tan complicados los negocios del Estado, pero no hace tanto tiempo que faltan las noticias de Madrid.

—¿Cuándo llegó la última carta?

—Mi hermano háme escrito carta que recibí ayer, notificándome para que diera parte á V. A., que debia reunirse una junta con el objeto de tomar una providencia definitiva.

—Quizá no sea culpa de ellos. . . . pero la impaciencia me devora; casi imposible es ya demorar por mas tiempo nuestra partida.

—Yo espero esta noche algun correo.

—Dios lo permita. . . .

En este momento se alcanzó á ver á lo lejos un jinete que se dirigia á toda rienda al campamento. Seguía un criado y los dos se acercaban velozmente.

—Si el corazon no me engaña—dijo el príncipe—mensajero es de la corte ese que hácia nosotros se llega.

—Tal me parece.

—Sal á encontrarle, que quizá venga en busca mia.

Patiño picó su caballo y salió al encuentro del que llegaba.

Era este un jóven esbelto y delgado, casi parecia un niño, hasta en la timidez que manifestó al encontrarse con el secretario de D. Juan.

—¿Venís por ventura—le preguntó Patiño—en demanda del príncipe?

—A él precisamente busco, que graves noticias traigo de Madrid. . . .

—Pues aquí teneis á S. A.—dijo Patiño mostrándole al príncipe, que llegaba en aquel momento.

El jovencito se quitó el sombrero, y echó pié á tierra para saludarle y besarle la mano.

—¿De parte de quién venís?—preguntó el príncipe.

—De mi parte—contestó el jóven.

—¿De vuestra parte?

—Sí, señor, para anunciar á V. A. una cosa terrible.

—¿Y qué cosa? hablad.

—Señor, el mejor amigo de V. A., en Madrid, el caballero José de Mallades, ha sido ejecutado. . . .

—¡Ejecutado!—esclamaron el príncipe D. Juan y su secretario.

—Sí, señor, le han dado garrote.

—¿Es posible!

—Por desgracia.

—¿Pero vos quién sois? qué os mueve á traer esta noticia? yo no os conocia en la corte.

—El pajecillo se acercó al príncipe, procuró alzarse sobre la punta de los piés para llegar mas cerca de su oido, y le dijo en voz baja:

—Yo soy D<sup>a</sup> Laura de Pacheco.

—D<sup>a</sup> Laura! . . . . exclamó el príncipe . . . . ¿Una de las damas de S. M.?

—La misma, señor.

—¿Pero cómo? ¿vos aquí? en ese traje? ¿portadora de tan infausta nueva? yo no comprendo todo esto. ¡Patiño, aquí debe haber alguna cosa estraña: explícame!—¡Pobre Mallades! infames, infames, sí, señora, vuestros partidarios, los partidarios del jesuita . . . . ¿y vos venís á anunciarme ese asesinato, enviado sin duda por el padre Nitardo, para ver si me intimido? Oh! yo los castigaré á todos! lo ois, señora? ¡á todos!—el príncipe estaba furioso y se dirigia á D<sup>a</sup> Laura como amenazándola.

—Príncipe—yo vengo á demandar justicia ó venganza.

—¿Justicia? ¿venganza? ¿vos? una dama de la reina, una *Nitardina*?

—La venganza ó justicia, en nombre de ese mártir que murió por V. A., en nombre de D. José de Mallades.

—¿Pero vos, señora? explicadme . . . .

—Príncipe, D. José de Mallades era mi primero y mi único amor, yo era su esposa ante Dios; V. A. es para mí el representante aquí de Dios, por eso á él ocurro, venganza, venganza ó justicia.

—Patiño ¿qué dices de esto?

—Señor—dijo el secretario quitándose respetuosamente el sombrero delante de D<sup>a</sup> Laura—D. José, que en paz descansa, me refirió mil veces sus amores con esta dama últimamente cuando estuvimos en Madrid; tiene esta dama derecho de pedir justicia ó venganza.

D<sup>a</sup> Laura miró á Patiño con reconocimiento.

—Seguidme, señora—dijo el príncipe cambiando de tono y bajándose del caballo.

El secretario tomó de las manos del príncipe la brida y la pasó á un escudero.

Y el príncipe y el secretario y D<sup>a</sup> Laura se dirigieron al alojamiento de S. A.

Al ver á D<sup>a</sup> Laura al lado del príncipe parecia imposible que aquella jóven tan delicada hubiera sufrido en su corazon un golpe tan terrible y hubiera tenido resistencia para hacer un camino tan largo.

Pero la enerjía de aquella alma, estaba retratada en los ojos de la jóven.

Una mujer que se decide, vale mas que un hombre.